

“Los tuve y de nada me sirvieron... Todo se rom-  
pe... todo se acaba... Nosotros mismos acabamos,  
Angel...”

Nubláronse de lágrimas los ojos del pequeño al oír  
esas palabras y tras de una ligera cavilación se  
afrevió á preguntar...

“Entonces... ¿No me traes nada?”

“Sí, Angel” dijo la imagen resplandeciente de luz.

“Me ha enviado tu Padre porque no vendrán los Re-  
yes. Yo te traigo lo que no te pueden dar...”

Angel echó una mirada á esas divinas manos, ten-  
didas hacia él y no vió nada; estaban vacías. ¿Dón-  
de había dejado los juguetes?...

“No lo sientas” continuó el Niño, con sonrisa com-  
pasiva. “Te daré lo que no se rompe y lo que no se

acaba. Te haré como tu nombre... Y ahora, adiós,  
Angel, cuando despiertes del sueño de la vida me  
volverás á ver...”

“¿Te marchas...? exclamó Angel, pasmado de tan  
corta visita.

“Me voy, pero volverás á verme cuando menos  
lo esperes... Duerme, Angel, duerme el sueño de los  
justos...”

Angel sintió nublarse la aparición divina, sintió  
sus ojos que se cerraban y vió la imagen inclinarse  
hasta tocar con los labios su frente, besándola tres  
veces...

Y aquellos tres besos fueron la Fe, la Esperanza y  
la Caridad.

ALVARO ALCALA GALIANO